

escapan, porque son pequeños y el menor agujero los salva.

A pesar de estar este chico tan abandonado, algunas veces, cada dos ó tres meses, decia:—Calla! ¡voy á ver á mi madre!...

Entonces dejaba el boulevard, el Circo y la puerta de San Martin; bajaba al muelle, pasaba los puentes, entraba en el arrabal, iba hasta la Salpetriere y se paraba precisamente en los números 50 y 52, que el lector conoce ya, en la casa de Gorbeau.

Entonces el citado caseron, habitualmente vacío, estaba habitado por muchos inquilinos, que, como sucede siempre en Paris, no estaban relacionados ni tenían entre sí vínculos de parentesco. Todos ellos pertenecían á esa clase indigente que principia en el último ciudadano apurado y que se prolonga de miseria en miseria, por las capas inferiores de la sociedad, hasta los dos séres en los que van á parar todas las cosas materiales de la civilizacion; esto es, en el barrendero que limpia las alcantarillas y en el traperero que recoge los harapos.

La "inquilina principal," de la época de Juan Valjean habia muerto y la habia reemplazado otra mujer semejante á aquella. No recuerdo qué filósofo ha dicho: "Nunca faltan mujeres viejas." La de ahora se llamaba la señora Burgon, y en su vida solo era notable una dinastía de tres papagayos que habian reinado en su corazón sucesivamente.

La más miserable de las familias que habitaban en el caseron se componía de cuatro personas: padre, madre y dos hijas, ya mujeres, y se cobijaban en un mismo desvan, en una de las celdas que ya describimos.

Esta familia no ofrecía á primera vista nada de particular más que su extrema desnudez.

El padre, al alquilar la boardilla, dijo que se llamaba Jondrette.

Poco tiempo despues de vivir allí, Jondrette dijo á la inquilina principal, que, como su antecesora, era portera y barria la escalera:

—Tía Fulana, si alguno viene buscando á un polonés, á un italiano, ó quizás á un español, viene á preguntar por mí.

Esta familia era la del alegre pilluelo. Cuando éste llegaba allí se encontraba con la miseria y, lo que era más triste aun, sin recibir ni una sonrisa ni un cariño: frio en el hogar y frio en los corazones.

Le preguntaban al verle:

—De dónde vienes?

—De la calle, respondía.

Cuando se marchaba le preguntaban:

—A dónde vas?

Y respondía:

—A la calle.

Su madre exclamaba entonces:

—Pues por qué vienes?

Este muchacho carecía completamente de afectos, como esas yerbas pálidas que se crían en las cuevas; pero esto no le apesadumbraba y no quería mal á nadie; no tenía idea exacta de lo que deben ser un padre y una madre.

Su madre solo quería á sus hijas.

Nos olvidamos de decir que en el boulevard del Temple llamaban á este niño el muchacho Gavroche. Por qué? No lo sabemos.

Parece que el instinto de ciertas familias miserables es romper los hilos que unen á sus miembros.

El cuarto que Jondrette y su familia ocupaban en la casucha Gorbeau era el último del final del corredor. En el contiguo vivía un jóven muy pobre, que se llamaba Mario.

Digamos ahora quién era Mario.

LIBRO SEGUNDO.

El gran hidalgo.

I.

Noventa años y treinta y dos dientes.

En las calles de Boucherat, de Normandía y de Saintonge, existen aun algunos antiguos vecinos que han conservado el recuerdo de un buen señor que se llamaba Gillenormand y hablan aun de él con fruicion. Dicho señor ya era viejo cuando ellos eran jóvenes. Su perfil, contemplado ligeramente por los que miran el vago movimiento de las sombras que se llama pasado, no ha desaparecido aun en el laberinto de las calles próximas al Temple, á las que se dieron en la época de Luis XIV los nombres de todas las provincias de Francia, así como en nuestros dias se dan á las calles del barrio nuevo del Tivoli los nombres de todas las capitales de Europa; adelante en el que es visible el progreso.

El señor Gillenormand, que vivía aun en 1831, era una verdadera curiosidad;

era uno de esos hombres que parecen raros por haber vivido mucho tiempo, que años atrás fueron como todo el mundo y que años despues ya no se parecen á nadie. Este viejo particular era el tipo de otra edad, el verdadero hombre de la clase media algo altivo del siglo diez y ocho, que ostentaba su hidalguía con la misma altivez que el marqués su marquesado. Tenía cumplidos ya los noventa años y andaba derecho, hablaba alto, bebía vino puro, comía y dormía bien. Conservaba los treinta y dos dientes y solo gastaba anteojos para leer. Fué muy aficionado á aventuras amorosas, pero afirmaba que hacia ya una docena de años que habia renunciado por completo á las mujeres. Decía que ya no podía agradar, pero no añadía:—Soy muy viejo, sino:—Soy muy pobre. ¡Si no estuviese arruinado! Oh! oh! oh!...

No le quedaba, en efecto, más que una renta de cerca de quince mil libras. Su sueño dorado era poseer cien mil francos de renta para tener queridas. No pertenecía, como estamos viendo, á la variedad enclenque de octogenarios que, como Voltaire, han estado moribundos toda su vida; no estaba cascada su longevidad; este viejo rozagante siempre disfrutó de buena salud. Era superficial, de génio pronto é iracundo. Enfurecía por cualquier cosa y muchas veces sin motivo.

Cuando le contradecían levantaba el baston y pegaba á la gente, como en el gran siglo. Tenía una hija de más de cincuenta años, soltera, á la que golpeaba cuando se montaba en cólera y á la que daría azotes de buena gana. La trataba como si tuviera ocho años. Abofeteaba á sus criadas, diciéndolas que eran unas perdidas. Su juramento favorito era: *Por el pantuflito de la pantuflada!*... Tenía otras costumbres pacíficas muy singulares. Hacia que le afeitase todos los dias un barbero, que habia estado loco y que le odiaba porque tuvo celos del señor Gillenormand, porque la barbera era bonita y coqueta.

El señor Gillenormand se creía con gran discernimiento y se tenía por muy sagaz. A propósito de esto solía decir: "Tengo tal penetracion, que cuando me pica una pulga sé de qué mujer viene." Nunca le caían de los labios estas palabras: *El hombre sensible y la naturaleza*. Pero para él esta última palabra no tenía la gran acepcion que se le da en nuestra época; la encajaba á su modo en las sátiras que usaba en el hogar doméstico.—"La naturaleza—decía,—para que

la civilizacion tenga un poco de todo, le dá hasta el *especimen* de una barbarie divertida. Europa tiene tipos de Asia y de Africa en miniatura: el gato es un tigre de salon, el lagarto es un cocodrilo de faltriguera. Las bailarinas de la Opera son salvajes de color de rosa; no se comen á los hombres, pero se los chupan, ó con sus artes mágicas los convierten en ostras y se los tragan. Los caribes no dejan más que los huesos; ellas no dejan más que la concha. Tales son nuestras costumbres. No devoramos, pero roemos; no exterminamos, pero arañamos."

II.

A tal dueño, tal casa.

Vivia en el Marais, calle de las Hijas del Calvario, número 6. La casa era propia. Dicha casa fué despues demolida y reedificada; su número habrá tambien cambiado en las revoluciones de la numeracion que sufren las calles de Paris. Ocupaba antigua y vasta habitacion en el primer piso, situada entre la calle y el jardin, adornada hasta el techo con grandes tapices de Gobelinos y de Beauvais, que representaban asuntos pastoriles; los dibujos de los entrepaños se repetían en pequeño en los sillones. Rodeaba su lecho un gran biombo de nueve hojas, pintadas con laca de Coromandel. Anchas y largas cortinas pendían de las ventanas y de las puertas, formando al caer grandes y magníficos pliegues. El jardin, situado debajo de estas ventanas, comunicaba con la que estaba en el rincon por medio de una escalera de doce á quince peldaños, que el buen señor subía y bajaba alegremente.

Además de la biblioteca, contigua á su cuarto, tenía un gabinetito que le gustaba mucho, que era un retiro galante, cubierto con una alfombra de color de paja flordelisada y llena de flores, obra de las galerías de Luis XIV, que el señor Vivonne encargó á los presidiarios para su querida. El señor Gillenormand la heredó de una hermana de su abuelo materno, mujer de génio áspero y que murió de cien años. El señor Gillenormand fué casado dos veces. Sus modales eran un término medio entre los del palaciego, que nunca habia sido, y entre los del hombre togado, que hubiera podido ser. En su juventud fué uno de esos hombres á quienes engaña siempre su mujer y no engaña nunca

la querida, porque son, á la par que maridos bruscos, amantes rendidos. Era inteligente en pintura. Tenia en su cuarto un retrato de persona desconocida, pintado por Jordaens, hecho á grandes rasgos, con detalles amontonados y como tomados al acaso. El traje que gastaba el señor Gillenormand no era el de Luis XV: era el traje de los increíbles durante la época del Directorio. Hasta entonces se tuvo por joven y continuaba siguiendo la moda de aquel tiempo. Llevaba frac de paño fino con grandes solapas, larga cola y grandes botones de acero, calzon corto y zapatos con hebillas. Siempre estaba con las manos metidas en los bolsillos.

Decia con énfasis autoritario: *La Revolución francesa fué una gavilla de perdidos.*

III.

Lucas-Espíritu

A la edad de diez y seis años, una noche en la Opera tuvo el honor de que le dirigiesen los anteojos al mismo tiempo dos bellezas, entonces ya maduras, célebres y cantadas por Voltaire; la Camargo y la Sallé. Al verse cogido entre dos fuegos hizo una retirada heroica hácia una bailarina que se llamaba Nahemy, que tenia diez y seis años, como él, y era arisca como un gato, pero le tenia enamorado. Pasando revista á sus recuerdos, exclamaba: ¡Qué hermosa estaba Guimard-Guimardini-Guimardnette la última vez que la ví en Longchamps, con el pelo rizado á lo *senti-mental*, con *ven-á-verme* de turquesas, con vestido de color de recién llegados y con manguito de *agitacion!*

El viejo de que nos ocupamos vistió en su adolescencia el traje de Nain-Londrin, que recordaba siempre con cariño. "Iba vestido como un turco de Levante," solia decir. La señora de Bonffers, que le conoció por casualidad cuando este anciano tenia veinte años, le calificó de "loco encantador." Le escandalizaban todos los nombres que oia sonar en la política y en el poder, por creerlos vulgares y poco merecedores de los altos sitios. Leia los periódicos, los papeles noticieros ó las gacetas, como él los llamaba, y riendo decia:—"Qué son estos individuos? Corbiere! Humann! Casimiro Perier! Esos son ministros!... Figúrome leer en un periódico: "El señor Gillenormand, ministro." Vaya una farsa! Sin embargo, las gentes son tan tontas que lo cree-

rian." Daba el nombre verdadero á todas las cosas, fuese éste decente ó no lo fuese, y no se recataba delante de las señoras. Decia groserias y obscenidades con una indiferencia y una tranquilidad casi elegantes. Tenia la *sans façon* de su siglo. Porque es digno de notarse que la época de las perífrasis en verso fué el tiempo de la mayor desnudez de la prosa. Su padrino predijo que seria hombre de génio y le puso en la pila estos nombres significativos: Lucas-Espíritu.

IV.

Aspirante á centenario.

Ganó premios en la niñez en el colegio de Moulins, que era su pais natal, y fué coronado por la mano del duque de Nivernais, al que él llamaba duque de Nevers. Ni la Convencion, ni la muerte de Luis XVI, ni Napoleon, ni la vuelta de los Borbones pudieron borrarle el recuerdo de aquella coronacion. El *duque de Nevers* era para él la gran figura del siglo.—"Era un gran señor muy amable y le sentaba muy bien el cordón azul," solia decir.

A los ojos del señor Gillenormand, Catalina II habia reparado el crimen de la reparticion de Polonia comprando á Bestuchef por tres mil rublos el secreto del elixir de oro. Esto le entusiasmaba.—"El elixir de oro, decia, la tintura amarilla de Bestuchef y las gotas del general Lamotte, valian en el siglo diez y ocho un luis cada frasco de media onza, y eran el gran remedio para curar las catástrofes amorosas, la panacea contra Vénus." Le hubiera exasperado y hecho salir de quicio el que le dijera que el elixir de oro no es otra cosa que percloruro de hierro. El señor Gillenormand era apasionado de los Borbones y odiaba á 1793: referia sin cesar cómo pudo salvarse durante la época del Terror y que necesitó gran espíritu y mucha jovialidad para que no le cortasen la cabeza. Si á algun joven le ocurría elogiar la República delante de él, se quedaba lívido y se irritaba hasta el punto de desmayarse. Algunas veces, aludiendo á su edad de noventa años, decia:—"Creo que no veré dos veces el *Noventa y tres*; pero otras veces daba á entender que pensaba vivir cien años.

V.

Basco y Nicolassita.

Una de sus teorías especiales era la siguiente: "Cuando el hombre se enamora apasionadamente de las mujeres y no se cuida de su esposa, que es legítima, fea, de mal genio, llena de derechos, que cita al canto el Código y que es celosa, no hay más medio, para librarse de ella y vivir en paz, que poner el bolsillo á su disposicion. Esta abdicacion dá al hombre la libertad. La mujer, en este caso, se ocupa hasta con pasion en el manejo del caudal; se mancha los dedos de cardenillo, toma á su cargo la educacion de los criados y la direccion de los colonos, convoca á los procuradores, preside á los notarios, arenga á los curiales, visita á los golillas, sigue los procesos, repasa las escrituras, dicta los contratos, conoce su soberanía, vende, compra, arregla, manda, promete y compromete, ata y desata, cede, concede y retrocede, ordena y desordena, y la consuela esta especie de felicidad. Mientras su marido la desdenea, tiene la satisfaccion de arruinarle." El señor Gillenormand se aplicó á sí mismo esta teoría, que concluyó por ser su propia historia. Su segunda esposa le administró sus bienes de tal manera, que el dia fausto en que quedó viudo solo tenia ya lo estrictamente necesario para poder vivir colocándolo todo á renta vitalicia, produciéndole unos quince mil francos de renta, cuyas tres cuartas partes debian extinguirse con él. No dudó, pues, en colocar su capital de este modo, importándole muy poco no dejar herencia. Habia visto, por otra parte, que los patrimonios estaban sujetos á ciertas vicisitudes y que podian convertirse en bienes nacionales, por ejemplo; habia presenciado las conversiones del tercio consolidado y creia muy poco en el gran libro.

—*Todo eso vá á parar á la calle de Quincampoix*, decia. La casa que habitaba en la calle de las hijas del Calvario era suya, como ya hemos dicho: tenia dos criados: "un macho y una hembra." Cuando tomaba alguno nuevo lo rebautizaba. Ponia á los hombres el nombre de la provincia de que eran hijos. El último lacayo que tuvo era grueso, fatigado, de cuarenta y cinco años, incapaz de correr veinte pasos; pero como era natural de Bayona, el señor Gillenormand le llamaba Basco. A todas las

criadas las llamaba Nicolassitas (hasta á la Magnon, de que hablaremos más adelante).

Un dia se le presentó, pretendiendo entrar en su casa, una arrogante y encoquetada cocinera, descendiente de la elevada raza de los porteros.—¿Qué salario quereis ganar cada mes? le preguntó el señor Gillenormand.—Treinta francos.—Cómo os llamis?—Olimpia.—Pues ganarás cincuenta francos y te llamarás Nicolassita.

VI.

En el que se vislumbra á la Magnon y á sus dos hijos.

En el señor Gillenormand el dolor se convertia en cólera; estaba furioso cuando se desesperaba. Tenia muchas preocupaciones y se tomaba infinidad de licencias. Constituia gran parte de su aspecto exterior y de su satisfaccion íntima el querer aparentar ser mozo verde y que le tuviesen aun por galán, á lo que él llamaba tener "régia fama." La régia fama le hacia alguna vez objeto de raras aventuras. Un dia le llevaron á casa, sobre una borrica, lo mismo que si fuese un cesto de ostras, un robusto niño recién nacido dentro de una cestilla, en la que se desgañaba, muy envuelto en mantillas; de este niño le atribuia la paternidad una criada que echó de su casa seis meses atrás, cuando el señor Gillenormand acababa de cumplir ochenta años. Toda la vecindad se indignó, porque queria hacer creer semejante cosa aquella pícara criada, admirando la audacia de aquella calumnia. El señor Gillenormand no se encolerizó. Contempló al chicuelo con la amable sonrisa del hombre á quien halaga la calumnia, y dijo en voz alta, para que lo oyeran todos: "Y qué? ¿Por qué esto os sorprende? ¿qué tiene de particular? Os quedais embobados como unos ignorantes. El duque de Angulema, bastardo de su majestad Carlos IX, se casó á los ochenta y cinco años con una jovencuela de quince; el marqués de Alluye, hermano del cardenal de Sourdis, arzobispo de Burdeos, tuvo á los ochenta y tres años, de una doncella de la presidenta Jacquin, un hijo, un verdadero hijo del amor, que fué caballero de Malta y consejero de Estado; un gran hombre de este siglo, el abate Tabaraud, es hijo de un padre de ochenta y siete años. Esto no es extraordinario; sin embargo, declaro que no soy el autor de

esa obra, pero quiero que se le cuide, porque él no tiene la culpa de haber nacido. Esta orden caritativa produjo sus consecuencias: la criada susodicha, que se llamaba Magnon, le hizo otro envío igual al año siguiente. Le remitió otro niño. Ante este golpe capituló el señor Gillenormand.

Devolvió á la madre los dos chicuelos, comprometiéndose á pagar por alimentos ochenta francos cada mes, con la condicion de no recibir nuevos envíos. Añadió:—"Quiero que su madre los trate bien; yo iré á verlos alguna vez. Así lo hizo.

Tuvo un hermano sacerdote, que fué rector de la Academia de Poitiers treinta y tres años, y que murió á los setenta y nueve.—*Le he perdido joven*, decía. Dicho hermano era un avaro pacífico, que por ser sacerdote se creía obligado á dar limosna á los pobres que encontraba, pero solo les daba moneda falsa, hallando de este modo el medio de ir al infierno por el camino del paraíso.

Gillenormand, el mayor, no comerciaba con la limosna; la daba con gusto y noblemente. Era benévolo, brusco y caritativo; si viviese en la opulencia sería espléndido. Quería que tuviese grandeza todo lo que le rodeaba, hasta las bribonadas.

En una testamentaria le robó una vez un agente de negocios de un modo grosero y visible, y entonces pronunció estas palabras solemnes:—"Trabajan con suciedad las manos pueras; todo ha degenerado en este siglo, hasta los bribones. No se debe robar así á un hombre como yo."

Como dijimos, fué casado con dos mujeres; de la primera tuvo una hija, que permanecía siendo soltera, y de la segunda otra, que murió á los treinta años, y que se había casado por amor, por casualidad ó por otra causa, con un soldado de fortuna que sirvió en los ejércitos de la República y del Imperio, ganando la cruz de Austerlitz y recibiendo en Waterlloo el grado de coronel.—*Es la deshonra de la familia*, decía el viejo Gillenormand.

Tomaba mucho polvillo y tenía particular gracia para sacudirse la chorrera de encaje con el revés de la mano. Creía poco en Dios.

VII.

Regla: no recibir á nadie más que por la noche.

Tal era el señor Lucas-Espíritu Gillenormand, que no había perdido aun el cabello, más gris que blanco, y cuyo peinado conservaba siempre la forma de oreja de perro pacho.

A pesar de sus defectos era venerable; era grande y frívolo como el siglo diez y ocho.

En 1814, y en los primeros años de la Restauracion, que aun era joven, no tenía más que sesenta y cuatro años; vivió en el barrio de San German, en la calle de Servandoni, cerca de San Sulpicio, y se retiró al Marais, hasta que se apartó del mundo, á los ochenta años cumplidos.

Al retirarse del mundo se había fortificado en sus costumbres. La principal é invariable para él era tener absolutamente cerrada la puerta para todo el mundo de día y abrirla solo de noche. Comía á las cinco y despues abría la puerta. Esta fué la moda de su siglo y no quería dejar de seguirla.—"El día es canalla y merece que se le cierren las puertas, decía. Las personas de posicion alumbran su espíritu cuando el zenit enciende las estrellas."

Se cerraba para todo el mundo sin ninguna excepcion, siguiendo la vieja elegancia de su pasada juventud.

VIII.

Las dos no forman pareja.

Acabamos de ocuparnos de las dos hijas del señor Gillenormand. Nacieron con diez y seis años de intervalo. Cuando jóvenes se parecían muy poco, y fueron, tanto por el carácter como por la fisonomía, lo menos hermanas que podían ser. La menor poseía alma bellísima, corría siempre tras todo lo que daba luz, pensando en flores, versos y música, y entusiasta y etérea, se sumía en los espacios gloriosos, esperando desde la infancia unirse al ideal de una figura heroica. La mayor también acariciaba una quimera; veía en lontananza un asentista, un contratista muy rico, un marido espléndidamente tonto, un millon hecho hombre ó un prefecto, y fermentaban en su imaginacion las recepciones de la Prefectura, los ujieres de la antecámara, los bailes oficiales, los dis-

curso de la alcaldía, en una palabra, ser "la señora prefecta. Las dos hermanas, siendo jóvenes, se extraviaban cada una en su respectivo sueño. Ambas tenían alas; la una de ángel y la otra de ganso.

En el mundo no se realiza completamente ninguna ambicion; en nuestra época no existe el paraíso terrenal. La menor se casó con el hombre que encarnaba su sueño de oro, pero la pobre murió pronto. La mayor no se casó.

En el momento en que aparece en esta novela era ya una virtud vieja, una mojígata incombustible; poseía una de las narices más agudas y uno de los talentos más obtusos que pueden existir en el género humano. Fuera del estrecho círculo de su familia, nadie supo nunca su nombre de pila. Se la conocía por la señorita Gillenormand mayor.

En materia de recato podía rivalizar con la *miss* más escrupulosa. Era el pudor llevado hasta el extremo. Conservaba un recuerdo horrible en la memoria; el de que un hombre le vió una vez una liga.

La edad acrecentó su pudor intransigente. Para ella la pechera no era nunca demasiado opaca ni subía demasiado, y multiplicaba los broches y los alfileres allí donde á nadie podía ocurrírsele mirar.

Es muy propio de la mojígatería poner más centinelas cuando menos atacada está la fortaleza.

Sin embargo (el que pueda explicará estos misterios de la inocencia), dejaba sin repugnancia que la abrazase un oficial de lanceros, sobrino segundo suyo, que se llamaba Teodulo.

Prescindiendo del favorecido lancero, era absolutamente propio el calificativo de mojígata que acabamos de aplicarla. La señorita Gillenormand mayor era una especie de alma crepuscular. La mojígatería es semi-virtud y semi-vicio.

Agregaba á la mojígatería la falsa devocion, que es el forro que la conviene. Pertenecía á la cofradía de la Virgen, y llevaba en ciertas fiestas un velo blanco: rumiaba oraciones especiales; adoraba la "Sagrada Sangre," y el "Sagrado Corazon"; permanecía horas enteras ante un altar churrigueresco-jesuita, en una capilla cerrada para el comun de los fieles, y allí dejaba elevarse el alma entre nubes pequeñas de mármol y entre grandes rayos de madera dorada.

Tenia una amiga de capilla, virgen vieja como ella, que se llamaba la seño-

rita Vaubois, enteramente estúpida, á cuyo lado la señorita Gillenormand era un águila. Aparte del *Agnus Dei* y de las *Aves Marias*, solo sabía la señorita Vaubois los diversos modos de hacer confituras: era perfecta en su género; era el armíño de la estupidez sin una mancha de inteligencia.

Si hemos de decir la verdad, más había ganado que perdido al envejecer, como sucede casi siempre con las naturalezas pasivas. Nunca fué mala, lo que es una bondad relativa; además, los años desgastan los ángulos, y había adquirido ya la suavidad que da el tiempo. Estaba triste, de una tristeza incomprensible, cuyo secreto ni ella misma poseía. En toda su persona se traslucía el estupor de una vida que terminaba casi sin haber empezado.

Dirigía la casa de su padre, y el señor Gillenormand la tenía á su lado del mismo modo que monseñor Bienvenido tenía á su hermana.

Estas uniones domésticas de un viejo y de una vieja solterona no son raras, y ofrecen el tierno espectáculo de dos debilidades que se sostienen mutuamente.

Vivia además en la casa, con la solterona y el viejo, un niño, un muchacho que estaba siempre mudo y temblando ante el señor Gillenormand. El anciano le hablaba siempre con voz severa y algunas veces con el baston levantado y amenazándole:—*Aquí, caballero. —Bergante, pillo, acércate... Responde, tunante... Déjate ver, galopin!* etc. etc. A pesar de tratarle de esa manera le idolatraba.

Era su nieto. Ya volveremos á encontrarnos con ese muchacho.

LIBRO TERCERO.

El abuelo y el nieto.

I.

Una tertulia antigua.

Quando el señor Gillenormand vivía en la calle de Servandoni frecuentaba varias reuniones distinguidas, en las que le admitían á pesar de no ser noble. Como poseía dos clases de talento, el que tenía realmente y el que le suponían, le buscaban y le agasajaban. No iba á ninguna parte sin la condicion de dominar. Hay personas que quieren á